

Las Bibliotecas Infantiles

Por Margaret J. Bates.

Los gobiernos modernos aprecian cada día más la importancia de la Biblioteca Infantil. Están persuadidos de que la patria está constituida por la síntesis viva de todos sus ciudadanos y que toda la belleza, la fortaleza, la integridad de su futuro provienen de sus reservas juveniles. Tenemos pues que dar a los niños la oportunidad de desarrollar en su más alto grado, la materia prima de su personalidad, y un armónico crecimiento en el que cuerpo y alma reciban cuidados y orientación apropiados.

A la Biblioteca Infantil deben acudir niños de las más diversas clases sociales, desde las más humildes hasta las más encumbradas. El niño concurre a la biblioteca espontáneamente, sin que nadie le obligue a ello; tiene completa libertad para escoger el libro que más le agrade; debe conducirse bien, por propia iniciativa, en la sala de lectura, respetando los derechos de los demás y cuidando el libro que utiliza. De esta manera aprende a ocupar su lugar en la sociedad, desarrollando el sentido de la propia personalidad. Es la primera vez en la vida del niño en que éste, por su voluntad, decide ser miembro de una institución y se compromete a observar sus reglas. Hay un secreto orgullo en él, cuando a la edad de seis años firma su nombre en el libro de registro y lee en voz alta: "Al escribir mi nombre en este cuaderno me comprometo a cuidar los libros que lea en la sala de lectura y en mi casa y a cumplir el reglamento de la biblioteca". Y, por lo general, cumple su compromiso mejor que los adultos.

En lo que respecta a la selección de los libros que ha de leer, depende exclusivamente del niño. La bibliotecaria sólo interviene si el pequeño lector solicita expresamente su concurso. Esta selección, hecha con absoluta libertad, estimula el desarrollo de la independencia de su pensamiento. El contacto con una sugestiva y bien seleccionada colección de libros despierta su inteligencia y acrecienta el mundo de su fantasía. Las mejores obras de la literatura mundial nutren de este modo su imaginación.

La Biblioteca Infantil comparte con el Hogar y la Escuela la responsabilidad de la lectura de los niños. Son múltiples y variadas las formas en

que ayuda a los niños. Algunos concurren a ella por el puro placer de excitar su imaginación con cuentos fantásticos; otros, interesados por las biografías de héroes o santos; muchos, atraídos por problemas de orden práctico en el campo de sus juegos, tales como la construcción de un aeroplano, la técnica de la fotografía, o por cuestiones relacionadas con sus estudios escolares. De esta manera, la influencia de la Biblioteca Infantil puede comprobarse a cada paso. Sin embargo, los servicios que presta al niño que va en pos de algo concreto, como la forma de la fabricación de un avión, se pueden medir y palpar en forma patente; pero lo más importante, que es su enriquecimiento espiritual gracias al libro no es posible valorarlo y resulta muchas veces difícil conocer la impresión dejada por algunas obras. Sucede que el niño, cuando se le pide opinión no se expresa claramente o contesta, a menudo, que el libro era muy interesante y nada más; sólo cuando conversa voluntariamente con la bibliotecaria o con un amigo es posible darse cuenta de la impresión que el libro le ha producido. Por eso, la bibliotecaria debe cuidar de no molestarle con preguntas para conocer su reacción ante determinada obra. Muchas bibliotecarias han cometido el error de hacer encuestas entre los niños sin darse cuenta de que tales encuestas no dan resultado. Se reciben contestaciones tan poco sinceras como: "A mí me encanta el Dante", dada por un niño de siete años. El continuo interrogatorio puede hacer que el niño pierda el interés por la biblioteca, porque es esencial que se sienta completamente despreocupado en ella y libre de toda molestia. Si nos interesamos por conocer las reacciones infantiles ante la lectura, podemos recurrir al testimonio de adultos que no han olvidado su infancia y recuerdan sus primeras impresiones; así llegaremos a conocer, con más certeza, el valor espiritual de un libro y sus resonancias en el alma infantil.

En las autobiografías de muchos hombres célebres, a veces encontramos pasajes en los que hablan de la profunda influencia causada por los primeros libros que leyeron. El famoso histólogo español Ramón y Cajal cuenta: "Un día, explorando a la ventura mis resbaladizos dominios de tejas arriba, me asomé a la ventana de cierto desván perteneciente al vecino confitero y contemplé ¡oh gratísima sorpresa! al lado de trastos viejos y de algunos cañizos cubiertos con dulces y frutas secas, copiosa y variadísima colección de novelas, versos, historias, poesías y libros de viajes...! Quién sería capaz de encarecer lo que yo me deleité con aquellas sabrosísimas lecturas. Tan grandes fueron mi entusiasmo y alegría, que me olvidaba de todos los vulgares menesteres de la vida material. ¡Cuántas exquisitas sensaciones de arte me trajeron aquellas admirables novelas! ¡Qué interesantes y novísimos tipos humanos me revelaron! Las descripciones brillantes de los bosques vírgenes de América, donde la vida vegetal desbordante parece ahogar la insignificancia del hombre..." (Ramón y Cajal, Santiago. **Mi infancia y juventud**. Buenos Aires, Espasa Calpe, 1942. p. 109-110). También el literato argentino Miguel Cané escribe: "He dicho que mis primeros días de colegio fueron de desolación para mi alma. La tristeza no me

abandonaba y las repetidas visitas de mi madre, a la que rogaba con el acento de la desesperación que me sacara de allí y que sólo me contestaba con su llanto silencioso, sin doblegarse en su resolución, aumentaban aún mis amarguras. La reacción vino de un recurso inesperado. Una noche que nos llamaban a la clase de estudio, se me ocurrió abrir uno de los cajones de mi cómoda. . . Maquinalmente tomé el libro que allí había y me fui con él. . . Era una traducción española de **Los Tres Mosqueteros**, de Dumas. Decir la impresión causada en mi espíritu por aquel mundo de aventuras. . . es hoy superior a mis fuerzas". (Cané, Miguel. **Juvenilia** Buenos Aires, Gil, s.f. p. 46).

En otras oportunidades, no es solamente un libro determinado el que impresiona al niño sino todo el espíritu de ciertas obras que nutre y fortalece su alma. Tal es el caso de los dos grandes santos militantes, Santa Teresa de Avila y San Ignacio de Loyola en quienes encontramos este espíritu de aventura y la predilección por los libros de Caballerías. Ellos fueron, después, caballeros andantes en Cristo. Cervantes nunca criticó el espíritu de estos libros, su altísima esencia porque su Don Quijote lo encarna en toda su sublimidad; pero sí criticó el hecho de que mucha gente creyese en toda la exagerada fantasía de las aventuras. Santa Teresa refiere hablando de los libros de caballería: "Era tan en extremo lo que esto me embecía, que, si no tenía libro nuevo, no me parece tenía contento". **Obras de Santa Teresa de Jesús**. Buenos Aires, Poblet, 1941. t. I. p. 9). Y el Padre Rivadeneira comenta al hablar de la enfermedad del soldado Iñigo que "Era en este tiempo muy curioso y amigo de leer libros profanos de caballería, y para pasar el tiempo, que con la cama y la enfermedad se le hacía largo y enfadoso, pidió que le trujesen algún libro desta vanidad. Quiso Dios que no hubiese ninguno en casa, sino otros de cosas espirituales que le ofrecieron; los cuales él aceptó, más por entretenerse en ellos que no por gusto y devoción. Trujéronle dos libros, uno de la vida de Cristo nuestro Señor y otro de vidas de Santos, que comunmente llaman **Flos Sanctorum**. Comenzó a leer entre ellos al principio (como dije) por su pasatiempo, después poco a poco por afición y gusto; porque esto tienen las cosas buenas, que cuanto más se tratan más sabrosas son". (P. Pedro de Rivadeneira. **Vida del Bienaventurado Ignacio de Loyola**. Madrid, Apostolado de la Prensa, 1900. p. 27). De este mismo espíritu participa Francisco Pizarro, al realizar hazañas magníficas en la Conquista.

Hay una razón para vigilar con extremo cuidado la lectura infantil, si consideramos que el niño se impresiona muy hondamente en los primeros años de su vida.

Santayana afirma que el buen gusto se forma en la juventud, en aquellos momentos en que la emoción estética es inmensa y definida. Solamente los objetos que descubrimos en aquellos años llegan a tener una verdadera sublimidad después. (Santayana, George. **Life of Reason (Reason in Art)**, New York, Scribner, 105. p. 194).

La inmensidad de esa emoción la percibimos claramente, recordando un pasaje de un poema de John Keats titulado: "Al leer por primera vez la traducción de Homero hecha por Chapman", donde compara la emoción por él experimentada en ese momento, al descubrimiento de un nuevo planeta. Unamuno alude también a la grandeza de los sentimientos en la niñez: "Los sentimientos que el arte nos removía dentro del alma en aquel bendito colegio eran análogos a los que removía en las almas antiguas, infantiles, almas de una pureza, que sin cansancio de la vida abrían los ojos a todo color y a toda línea, a toda brisa aromática el olfato, a todo rumor el oído, a todo ay! y a todo grito de júbilo, por pasajeros que fuesen, el corazón. Todo era para nosotros, como para los primitivos, misterioso..." (Unamuno, Miguel de **Recuerdos de niñez y mocedad**. Buenos Aires, Espasa Calpe, 1942. p. 48-49). "El arte se nos revelaba antes aún que la naturaleza. El arte, dice Schiller que nació del juego y el juego es la vida del niño. El niño nace artista y suele dejar de serlo en cuanto se hace hombre. Y si no deja de serlo, es que sigue siendo niño". (Ibid, p. 44). Hoy en día nos damos cuenta de la importancia de la lectura infantil y en los últimos años se ha desarrollado mucho la idea de este tipo de biblioteca que encontró muchos tropiezos en sus comienzos. En primer lugar, aún entre los bibliotecarios existía al principio mucha incompreensión en cuanto a la necesidad de la lectura en los niños. Pero las grandes figuras de la profesión sí se dieron cuenta de esta responsabilidad de la biblioteca. El Dr. W. F. Pole, en una reunión de los bibliotecarios británicos, en Londres, en 1877 expresó su interés por las bibliotecas infantiles cuando dijo estas palabras llenas de verdad: "Nunca se nos antojaría excluir a los niños de las iglesias. ¿Por qué, entonces, nos empeñamos en prohibir la entrada del niño en la biblioteca?... El período formativo del niño es el que va de los diez a los catorce años". Por ello es de capital importancia el que el niño frecuente la biblioteca durante su formación. Abunda en estas mismas ideas el bibliotecario Sir Redmond Barry al expresar que "si fuese necesario quitar siete años de lectura a una persona, sería preferible quitarle siete años en la vejez y no permitir que los hombres entren en la biblioteca después de los 63 años". Otra objeción de los bibliotecarios miopes era en relación a la conservación del libro porque la vida de éste en manos de los niños es corta. Pero hay que tener en cuenta que un autor escribe para ser leído, para propagar sus ideas y prefiere encontrar su libro muy usado y ajado, a verlo intacto. Es claro que existen libros raros que debemos cuidar, pero la gran mayoría pueden ser reemplazados y su desgaste es la mejor prueba del interés que encierran sus páginas.

Con las primeras bibliotecas infantiles se renovaron los problemas que ya habían surgido antes, en la administración de las primeras bibliotecas para adultos. Fué preciso, para solucionarlos, establecer clases especiales en las escuelas de biblioteconomía, donde se les estudió y resolvió. Hoy tenemos en estas escuelas, varios cursos sobre organización y administración de bibliotecas infantiles, sobre las preferencias de los niños en cuanto a lectura e

ilustración del libro, sobre el arte de contar cuentos, y por último, sobre bibliotecas escolares.

La biblioteca infantil no debe estar limitada a sus paredes. La bibliotecaria debe visitar las escuelas, las instituciones sociales de su barrio, los parques donde juegan los pequeños y los hospitales de niños, para contar cuentos o presentar funciones de títeres; debe dar charlas invitando a los niños a visitar la biblioteca pública explicando en forma sencilla su reglamento o las condiciones necesarias para ser admitido a ella. Actualmente en los Estados Unidos, el número de niños que frecuenta la biblioteca es tal, que en muchas de ellas, circulan hasta tres obras infantiles por cada obra de adulto.

En un comienzo fué necesario estudiar también el aspecto externo de la sala de lectura, porque hasta los mismos muebles tienen una gran influencia sobre el niño. Este no puede quedarse quieto en una silla poco cómoda y resulta difícil mantener una natural disciplina en habitaciones que dan a calles de mucho tráfico porque el ruido es contrario a la plácida tranquilidad de que debe estar rodeado.

Existe ya entre los bibliotecarios un acuerdo acerca de los principios fundamentales de la biblioteca infantil que son: asistencia voluntaria, entrada libre para todas las edades, una educación orientada hacia el respeto al libro y el modo de usar la biblioteca, colecciones compuestas de los mejores libros infantiles con exclusión sistemática de los malos, elección de bibliotecarias con profundos conocimientos de buena y apropiada literatura, en especial de la literatura infantil y que posean además habilidad para comunicar a los niños el amor a los buenos libros.

La selección de los mejores libros y el rechazo de los malos resultaba muy difícil al comienzo porque la producción era escasa y los libros buenos, pocos. Hoy, el problema radica en el esfuerzo de las bibliotecarias que luchan por levantar el nivel del libro infantil. Este es un trabajo que exige un sentido crítico de alta categoría. Por medio de esta crítica, la bibliotecaria ayuda a precisar cuáles son las buenas cualidades que debemos buscar en el libro infantil, a cuyo conocimiento se llega por la experiencia. Se puede interesar a los escritores más destacados para que se animen a escribir para los niños, discutiendo con ellos los problemas específicos de este tipo de lectura. Es necesario también conseguir la ayuda de las editoriales para que reimpriman ediciones agotadas, traduzcan las mejores obras de la literatura infantil mundial, mejoren la tipografía, el formato y la encuadernación. En la actualidad, en Norte América, las casas editoras más importantes tienen una sección especial dedicada a la publicación de libros infantiles, dirigida por una especialista en lectura infantil, que a menudo es una bibliotecaria. El libro infantil difiere del libro para adultos, no porque sea de inferior calidad intelectual sino porque tiene que satisfacer otra clase de intereses. En la juventud disponemos de tiempo para leer y debemos aprovecharlo para educarnos. Si se juzga que la finalidad de una biblioteca es

solamente proporcionar al público los libros por él solicitados entonces no existe problema alguno. Todo se reducirá a comprar los libros pedidos. Pero si comprendemos cuál es la función educacional de la biblioteca admitiremos que es nuestro deber seleccionar libros buenos que representen para el lector un beneficio positivo. Un libro anodino, ni bueno ni malo, no debe figurar en el catálogo de una biblioteca infantil. Como no es posible que cada bibliotecario lea todos los libros de una colección ¿cómo se formará entonces una opinión propia? Por medio de las listas publicadas por las asociaciones de bibliotecarios infantiles, que las preparan en diversas formas, tomando en cuenta la edad del niño, los temas, la categoría de la biblioteca, etc.

Los pioneros vieron en cada niño un ser humano en el período esencialmente formativo de su vida que asistía a la escuela, es verdad, pero a quien faltaba un guía para dirigirlo por un laberinto de libros, la mayor parte de los cuales no le servían de nada. Los bibliotecarios decidieron entonces que lo más importante era seleccionar los libros buenos y, siguiendo la norma de no admitir en la biblioteca sino aquéllos que tuvieran un valor positivo, se pudo llegar a ofrecer a los niños el derecho de la libre elección, ayudándole solamente cuando él lo solicitare. Como todos los libros valen, cualquiera que él elija le será provechoso.

Encierra mucho peligro dejar leer al niño cualquier libro que caiga en sus manos. Aún los padres que usan listas recomendadas, muchas veces no saben escojer el libro adecuado, y otros, sólo tienen una vaga idea de su contenido. Escojen eso sí, muy cuidadosamente los compañeros de sus hijos, no les permiten jugar con cualquier niño pero al mismo tiempo no se preocupan al ver en sus manos, un libro mil veces peor que el compañero más travieso.

Las ilustraciones en los libros para los niños pequeños, tienen extraordinaria importancia. Recordemos las palabras de Unamuno: "Lo que llevábamos más metido dentro del alma son aquellos grabados en cuya contemplación aprendimos a ver aquellas viejas ilustraciones. Para el niño no adquiere eficacia y virtud una sentencia sino como leyenda de un grabado, y acaso los más de los preceptos morales que ruedan de boca en boca y de texto en texto sin encarnar en las acciones, se debe a que no han encontrado todavía la figura visible, de color y línea, a qué servir de leyenda". (Unamuno, Miguel de. **Recuerdos de...** p. 49).

Es común hoy en día, oír a algunos artistas que pretenden conocer el alma infantil, sostener que el niño debe ser quien ilustre sus libros y que es el más indicado para hacerlo, porque el mundo del adulto es diferente y éste no se encuentra en aptitud de penetrar en el mundo del niño. No han observado estos artistas que el niño es por completo indiferente a las ilustraciones de otro niño. Es a los adultos a quienes interesa una exhibición de ilustraciones hechas por niños. Se dice también que cuando el niño dibuja estiliza todo y se cree que es consciente de ello y que lo hace porque le gusta la

estilización, pero esta es una idea falsa. El niño no piensa en estilizar cuando dibuja, sólo quiere representar la realidad tal cual es, pero no lo logra porque le falta la técnica para ello; la prueba es que aquéllos que tienen dotes de dibujantes representan la realidad en todos sus detalles. Y es curioso anotar que cuando el niño juzga dibujos infantiles, una de las primeras cosas que critica es el exceso de fantasía.

En el éxito de una obra, el formato es muchas veces tan importante como el contenido. Algunos niños desdeñan los volúmenes gruesos, otros, en cambio, leen solamente libros con muchas páginas. La tipografía y el papel también influyen igualmente, así como el hecho de que la tarjeta de circulación del libro tenga marcado el número de muchos lectores contribuye a asegurar su popularidad, a la manera de un plebiscito que refleje el gusto de la mayoría.

Los niños difieren de los adultos, en que no es extraño que lean el mismo libro diez veces seguidas por puro encantamiento. Dos tipos de obras debemos ofrecer en una biblioteca infantil, obras de fantasía y obras de realidad. Las que traten de la realidad deberán ser sobre todo veraces; no conviene dar a los niños una idea falsa de la vida haciéndola consistir en una serie de aventuras, luchas con maestros tiranos, viajes marítimos en los que un novato dirige el barco y vence todos los peligros, continuos golpes de buena suerte y una persistencia de casos en que el héroe realiza hazañas imposibles. La mezcla del mundo real con el mundo fantástico tiende a torcer el sentido de los valores en el niño. Sale de la lectura descontento de su vida cotidiana y rutinaria. Pero el contacto con una vida enteramente fantástica, con un mundo poblado de seres simpáticos y antipáticos, en el que puede suceder lo más imprevisto, que no está regido por leyes ni limitado en manera alguna, como es el mundo del cuento de hadas, le es provechoso pues le permite dar rienda suelta a su fantasía, aunque él sepa perfectamente que dicho mundo no existe pero él, no obstante, vive libremente. No se insistirá nunca bastante sobre la buena influencia del cuento de hadas que profundiza mucho la experiencia emocional del niño. Por primera vez éste comparte emociones ajenas; se identifica con los sufrimientos de otros, simpatiza con las víctimas que sufren sin ser culpables y de este modo cultiva su imaginación, necesidad imperiosa en nuestros días. Su horizonte mental se amplía. Para el niño cuyo ambiente es estrecho y prosaico, los cuentos de hadas son como la alfombra mágica que los lleva a territorios en donde encuentran cosas maravillosas, bellas y llenas de misterio. Así se dispone el niño de un medio saludable para volar, para escaparse de la vida diaria. Los niños tienen mucha energía y un deseo tremendo de expresarse. El cuento de hadas satisface esta necesidad de la propia expresión. La vida cotidiana de un pequeño está constantemente limitada por fronteras que no puede franquear, por leyes que no debe romper, por objetos muy pesados que no le es posible mover, por muebles muy altos difíciles de escalar, etc. En el cuento de hadas todos estos obstáculos se desvanecen. Se identifica con el héroe

y de inmediato cruza cruza montañas con botas de siete leguas, vence a los gigantes y aniquila al dragón que lanza llamas. Y toda esta excitación le es saludable pues corrige muchas desdichadas tendencias de la vida moderna; el ritmo de nuestra época crea un ambiente de excitación mórbida y vulgar que estimula la precocidad y tiende a tornar al niño más sofisticado aumentando la tensión en que vive.

El cuento de hadas desempeña un rol importantísimo en la preparación del niño para apreciar la buena literatura cuando llegue a edad mayor. ¿Cómo podrá el pequeño valorar el encanto de los grandes poetas si no se ha familiarizado con los bosques misteriosos, los castillos solitarios, los animales y pájaros que figuran en los cuentos de hadas? Ellos le dan la oportunidad para absorber, aunque sea de manera inconsciente, el sabor y la atmósfera de otros países y para conocer mejor a sus semejantes; hoy más que nunca, con todo el mundo en guerra, con tanta falta de comprensión en todas partes, es evidente la necesidad de este tipo de educación. Esta profunda penetración en el esfuerzo por conocer al hombre, este interés hacia el prójimo, este deseo por llegar a ser un buen ciudadano del mundo, cultivan a su vez cierto sentido humorístico en la contemplación de la realidad y así se aceptan las debilidades humanas con caridad cristiana. El folklore debe ser, por consiguiente, la primera y verdadera literatura que se ofrezca al niño, como es la primera literatura que registra la raza humana en su infancia. No carecen estos cuentos, de fines didácticos, ofrecen una enseñanza moral eficaz que nunca llega a los sermones porque presentan la moraleja artísticamente y con gran fuerza, en forma fácil de ser comprendida por la mentalidad infantil, como lo fué para la raza, en la infancia del mundo. Por ello los cuentos de hadas han tenido y seguirán teniendo siempre tanto éxito.

Por último, el niño no solamente goza con la trama del cuento sino también con las palabras mismas. Así lo comprueba Unamuno: "El lenguaje mismo era un juguete, jugábamos con él. Una palabra nueva excitaba nuestra alegría, lo mismo que el encuentro de nuevo bicho, aunque en general nos burlábamos del que afectase hablar bien". (Unamuno, Miguel de. **Recuerdos de...** p. 44). Por esta misma razón el niño se deleita con el sonido rítmico y agradable, con el puro valor musical de "Los maderos de San Juan" inmortalizados en los versos de José Asunción Silva.

“... Y aserrín
aserrán
los maderos
de San Juan,
piden queso,
piden pan;

los de Roque,
Alfandoque,
los de Rique,
Alfeñique,
los de Trique,
Triquitrán.
¡Triqui, triqui, triqui, tran!
¡Triqui, triqui, triqui, tran!